

La era de oro

Virginia Peña de Bordas

9-13
años



La eracra de oro



La eracra de oro

Virginia Peña de Bordas
1950

COLECCIÓN CUENTOS INFANTILES DOMINICANOS. Serie 1

Dirección general: Nurys del Carmen González, Rectora

Dirección editorial: Miguelina Crespo

Consultor editorial: Tulio Cordero

Ilustraciones: José Segura

Diseño y diagramación: Yelitza Sosa y Julissa Ivor Medina

Corrección: Adrian R. Morales y Vilma Martínez A.

ISBN 978-9945-639-59-9

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de AH Editora Offset

1,000 ejemplares

Un cuento infantil

Hola, bienvenidos al mundo encantador y fascinante del cuento infantil. En el Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña –ISFODOSU, hemos reunido para ti una serie de relatos que escritoras y escritores dominicanos crearon en el siglo XX. A estos autores los hemos llamado “los pioneros”, porque fueron de los primeros en publicar historias infantiles en nuestra literatura.

Hoy vas a conocer la magnífica historia de Tamayo, joven guerrero taíno. Con el permiso de su padre se interna en el bosque, para enfrentar la dura prueba que todo joven aborigen debía pasar para alcanzar la adultez. Tamayo, valiente y decidido, se encuentra en el reino de las legendarias mujeres ciguapas. Este encuentro estará lleno de fascinantes aventuras y hermosas enseñanzas.

Ahora te invito a entrar a un mundo mágico y fantástico que te guarda sorpresas. Con estos cuentos podrás soñar, reír y, hasta que con ellas aprendas mucho. ¡Adelante: comienza tu lectura y que te diviertas!

Tu amiga,

Nurys del Carmen González
Rectora de ISFODOSU

La era de oro



Virginia Peña de Bordas
(1950)



En esta tierra quisqueyana, rica en leyendas gloriosas, vivía en tiempos de Cristóbal Colón un indiecito de unos trece años, osado e inteligente, llamado Tamayo. Era hijo de uno de los **nitainos** más valientes de la Española y había aprendido de su padre a usar el arco y las flechas con maestría sin igual. Perteneecía a la noble raza de los araucas, pacíficos pero valientes en grado sumo. Su constitución emotiva demostraba que como todos los hombres de su **estirpe**, era soñador y capaz de entregarse a la meditación. Así lo **pregonaban** el límpido fulgor de sus ojos y la dignidad y sosiego de su continente.

Un buen día nuestro indiecito decidió solicitar el permiso de su padre para ir en excursión a las montañas del Bahoruco, donde imaginaba que moraban aún las **ciguapas** de lenguas cabelleras y las **opias** de sus mágicas leyendas.

El nitaíno, anciano de severo semblante y porte altivo, escuchó la petición de su hijo con un destello de comprensión en la mirada y sus labios se comprimieron con gesto apenado.



–¿Es posible –preguntó en su sonoro idioma antillano– que te sea indiferente perder la vida? Has de saber que las selvas milenarias están cuajadas de peligros. ¿Acaso lo ignoras?

La expresión del chico era el **anverso** de una decepción. Por eso contestó con presteza:

–Por el contrario, padre, lo he oído comentar muchas veces, pero... ya sé que pronto, cuando cumpla los catorce años, me veré precisado a laborar en las plantaciones y en las minas; y como me resta tan poco tiempo de libertad, bien quisiera aprovecharlo.

–Comprendo... –musitó el padre y sus ojos se nublaron repentinamente, pues no esperaba semejante confesión de su tierno hijo–. Pero debo advertirte que la aventura que has soñado es harto peligrosa y otros más **denodados** que tú han perecido en la demanda. ¿Por qué no desistes? Te asaltarán criaturas extrañas como jamás soñaste conocer...

–¡Bah! –contestó despectivamente el chico–. ¿Acaso te encontraste con ellas alguna vez en tus andanzas por los montes?

En la mirada del anciano relampagueó el recuerdo.

–Aún me parece verlas: pálidas, iracundas, con la cabellera al viento y los ojos desorbitados; ¡pero mis pies fueron bastante ligeros para esquivarlas! Sabía que me esperaba en su compañía una muerte segura entre los **despeñaderos**. Creen que todos los humanos somos hijos de **Maboyá**, que todos llevamos en el alma el germen de la ambición y el desenfreno... ¡Y quizás estén en lo cierto! No perdonan ni un pensamiento impuro, ¿comprendes?

–¡Ah, más que nunca anhelo ahora subir al Bahoruco! Padre, ¿me concedes tu permiso y me das tu bendición?

El nitáino no albergaba ya pensamientos de liberación. Aquella había sido la existencia bendita de sus antepasados; pensó entristecido: ¡la libertad! Y deseaba que su hijo la disfrutase; a despecho de las duras circunstancias de su vida. Por eso dijo blandamente:

–Los indios no **escatimamos** la ocasión de hacer hombres valientes de nuestros varones. Está concedida tu petición.

–Gracias, padre –agradeció entusiasmado el adolescente–; me haces el más feliz de los mortales. ¿Me prestas tu **piragua** y tu hacha de monte? Quizás es mucho pedir...



Vencido por su amor paternal,
el nitaíno contestó:

–Ambas están a tu disposición, aunque mi hacha te serviría de poco: ¡hoy no es más que un símbolo! Trabajaba con esmero y tesón durante mucho tiempo, fue confeccionada para procurarnos el sustento y defendernos de nuestros enemigos **ancestrales**, los **caribes**, tan fieros como valientes. Hoy es poco menos que inútil para defendernos de los guerreros de pecho de hierro que nos esclavizan. Por eso te ofrezco la piragua: puede servirte mejor... ¡Ve, hijo mío, y que Luquo, el Ser Supremo, ite proteja en el camino!

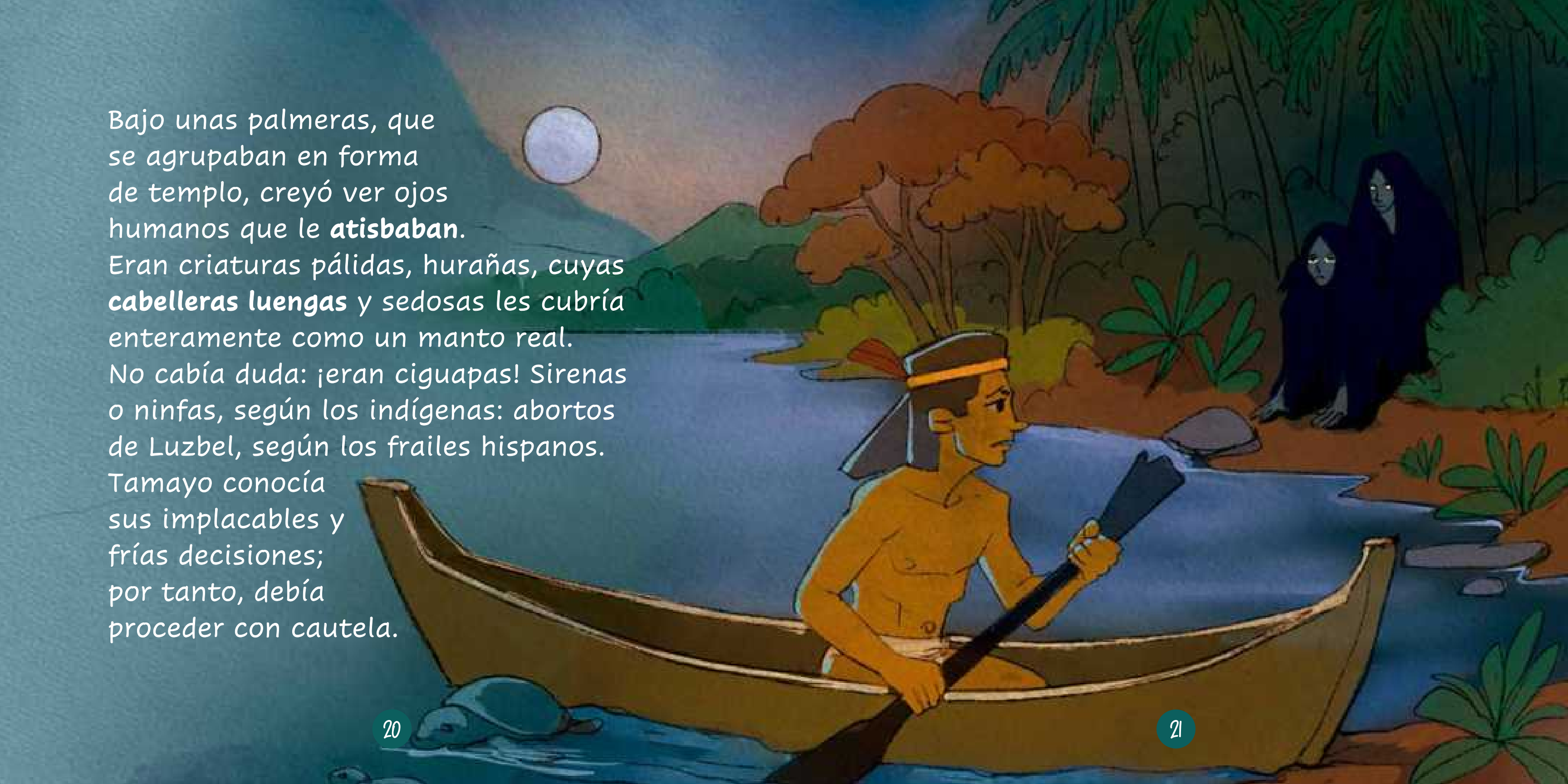
Y arrancando una aromática rama de curia le tocó en el hombro, bendiciéndole.

La floresta, henchida de trepidaciones y ruidos apagados, elevaba al cielo la alegría del trópico. El lago de Jaragua era una gema arcoirisada de vivísimos matices. La piragua, como una sombra chinesca, se deslizaba ante el sol. Todo era brillantez y luminosidad cegadoras. El rostro **oliváceo** del indiecito se tornaba cada vez más jocundo. No le arredraban las enormes tortugas, iguanas y los caimanes que veía deslizarse sobre sus orillas porque sabía cómo esquivarlos; ni los manatíes, de rostros casi humanos,

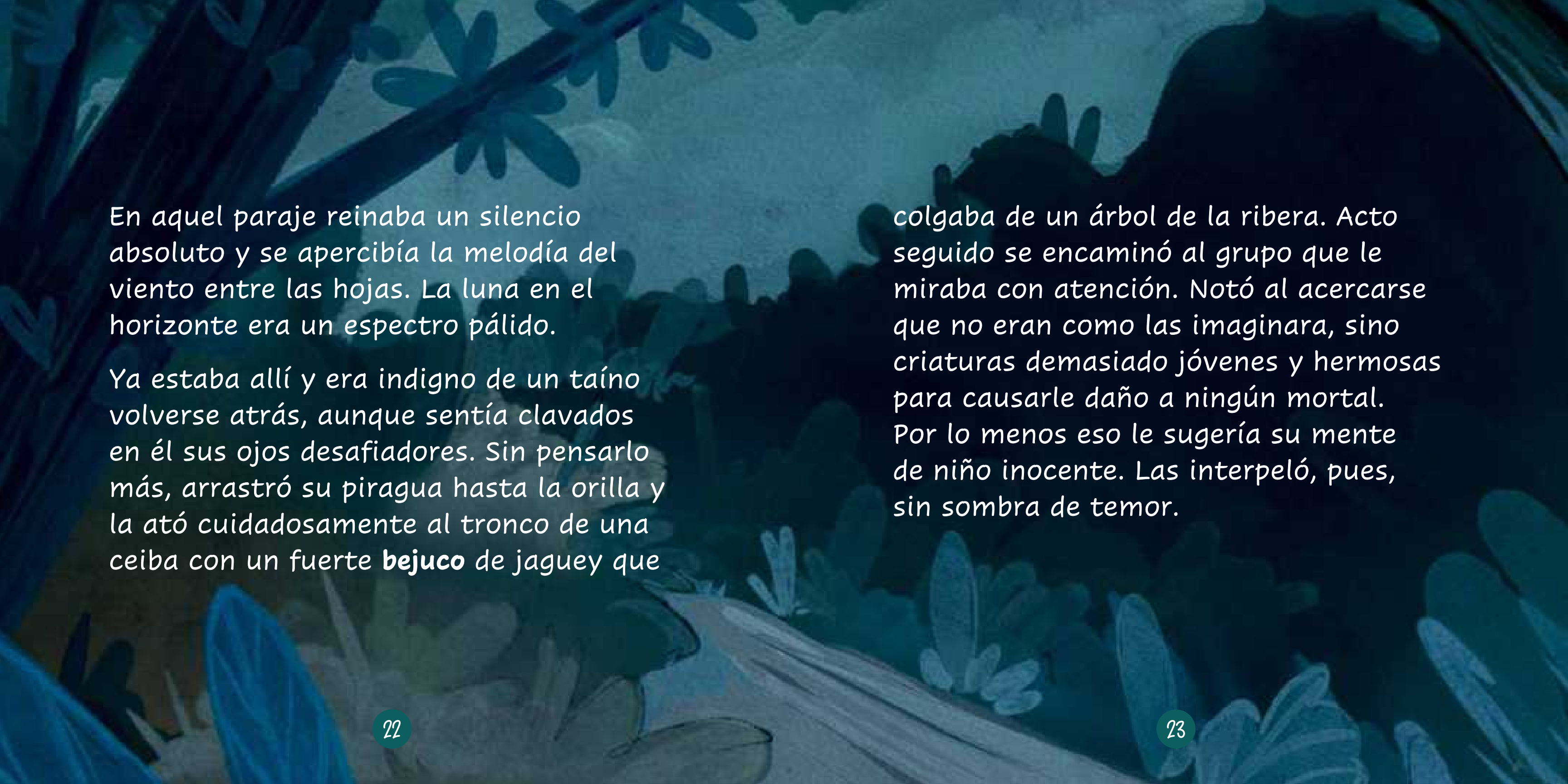
que jugaban al borde del agua diáfana. Recordaba con placer que su padre había llegado a domesticarlos y muchas veces le colocó sobre sus amplios lomos para divertirlo. La canoa, de pulida **caoba**, se deslizaba bajo los árboles de ramas caídas, que moteaban el agua de sombra y sol. Pájaros diversos, de vistosos plumajes, saltaban audaces de rama en rama, llamándole la atención.

El ruido **isócrono** de los remos cesó de improviso. Se percató con asombro de que su **piragua** se había inmovilizado, como si de repente hubiese echado raíces. ¿Sería la mano de algún cemí que la retenía? ¿Es que estaba vedado pasar por allí? Algo semejante debía suceder, pues al tocar los remos la superficie lisa y brillante del lago le arrancaron chispas luminosas, como de una gema que hiriese el sol, pero no avanzaba en modo alguno.

Estaba perplejo; no sabía qué partido debería de tomar. Hizo un supremo esfuerzo por darle impulso a su piragua y los remos se quebraron, astillándose. ¡La masa de sus aguas se había petrificado! Alrededor la tierra era toda **bermeja**, ornada de árboles florecientes. Como sucede a menudo en el trópico, el crepúsculo caía rápidamente y el paisaje entero se envolvía en sombras de misterio.

An illustration of a man in a canoe on a river at night. The man is in the foreground, wearing a headband with a feather and a loincloth, paddling with a long oar. The river is dark blue, and the background shows a forest with palm trees and a full moon in the sky. On the right bank, two women in dark, long dresses are watching the man. The scene is lit with a soft, moonlight glow.

Bajo unas palmeras, que se agrupaban en forma de templo, creyó ver ojos humanos que le **atisbaban**. Eran criaturas pálidas, hurañas, cuyas **cabelleras luengas** y sedosas les cubría enteramente como un manto real. No cabía duda: ¡eran ciguapas! Sirenas o ninfas, según los indígenas: abortos de Luzbel, según los frailes hispanos. Tamayo conocía sus implacables y frías decisiones; por tanto, debía proceder con cautela.



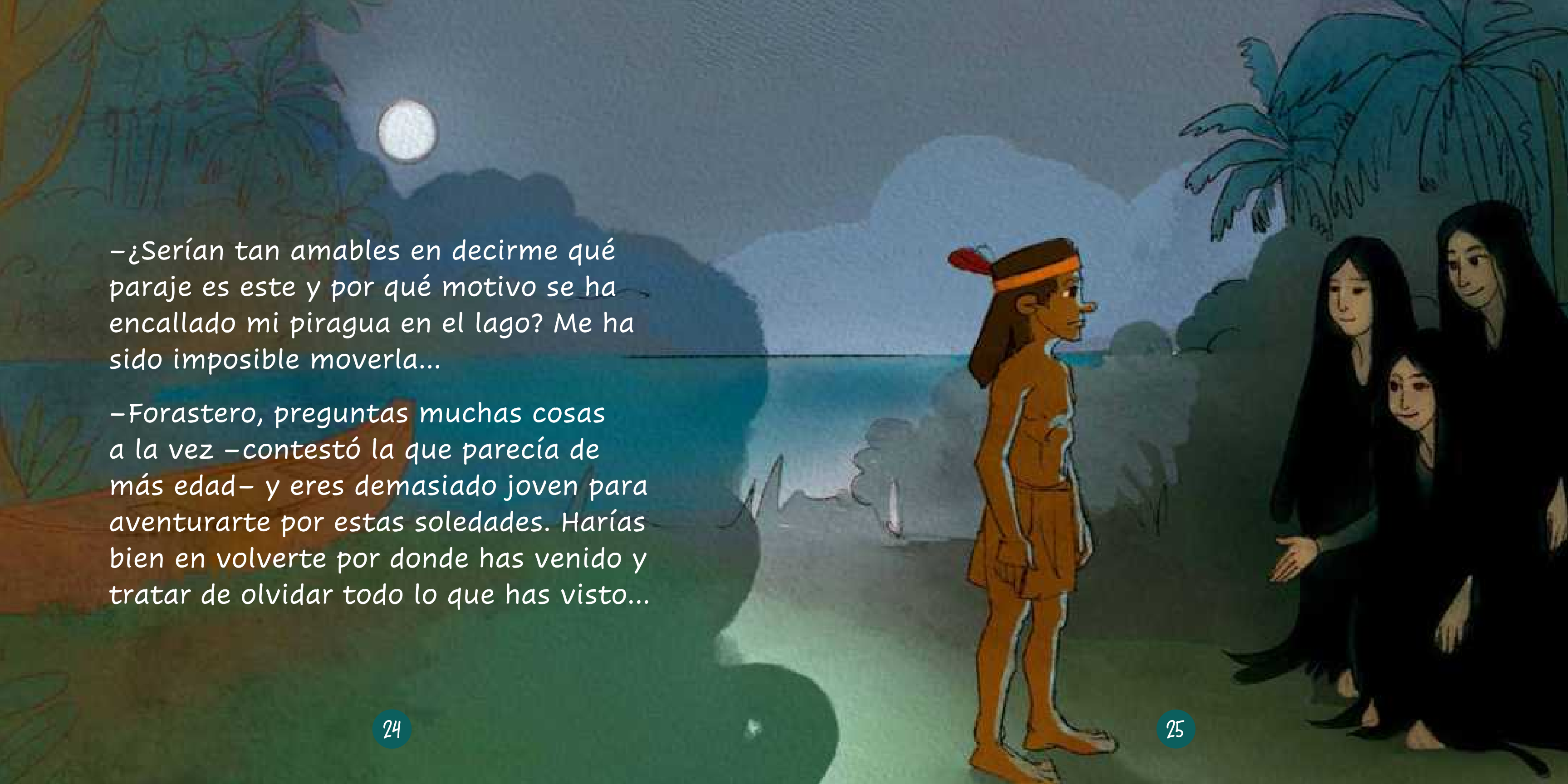
En aquel paraje reinaba un silencio absoluto y se apercibía la melodía del viento entre las hojas. La luna en el horizonte era un espectro pálido.

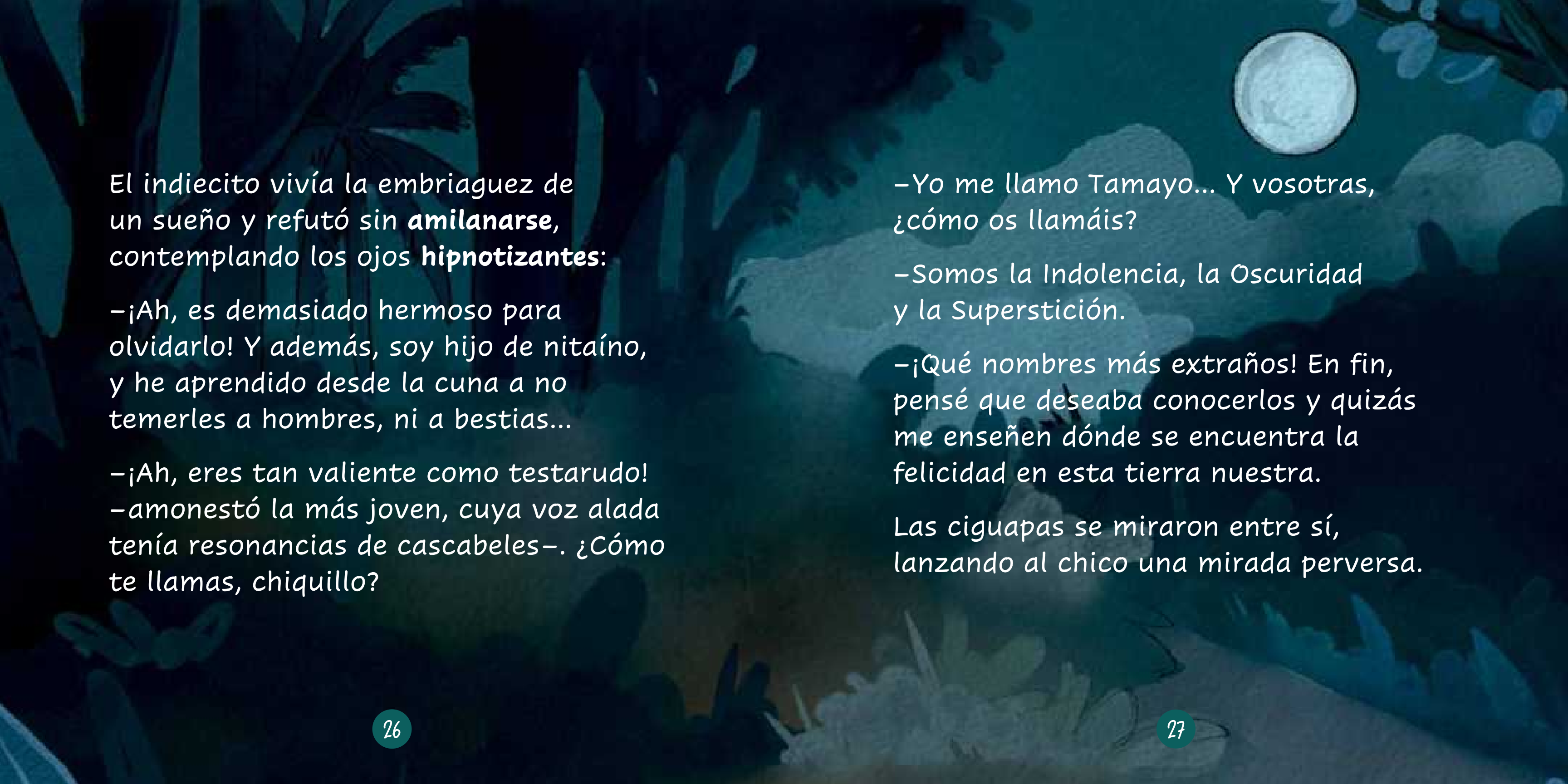
Ya estaba allí y era indigno de un taíno volverse atrás, aunque sentía clavados en él sus ojos desafiadores. Sin pensarlo más, arrastró su piragua hasta la orilla y la ató cuidadosamente al tronco de una ceiba con un fuerte **bejuco** de jaguey que

colgaba de un árbol de la ribera. Acto seguido se encaminó al grupo que le miraba con atención. Notó al acercarse que no eran como las imaginara, sino criaturas demasiado jóvenes y hermosas para causarle daño a ningún mortal. Por lo menos eso le sugería su mente de niño inocente. Las interpeló, pues, sin sombra de temor.

–¿Serían tan amables en decirme qué paraje es este y por qué motivo se ha encallado mi piragua en el lago? Me ha sido imposible moverla...

–Forastero, preguntas muchas cosas a la vez –contestó la que parecía de más edad– y eres demasiado joven para aventurarte por estas soledades. Harías bien en volverte por donde has venido y tratar de olvidar todo lo que has visto...





El indiecito vivía la embriaguez de un sueño y refutó sin **amilanarse**, contemplando los ojos **hipnotizantes**:

–¡Ah, es demasiado hermoso para olvidarlo! Y además, soy hijo de nitaíno, y he aprendido desde la cuna a no temerles a hombres, ni a bestias...

–¡Ah, eres tan valiente como testarudo!

–amonestó la más joven, cuya voz alada tenía resonancias de cascabeles–. ¿Cómo te llamas, chiquillo?

–Yo me llamo Tamayo... Y vosotras, ¿cómo os llamáis?

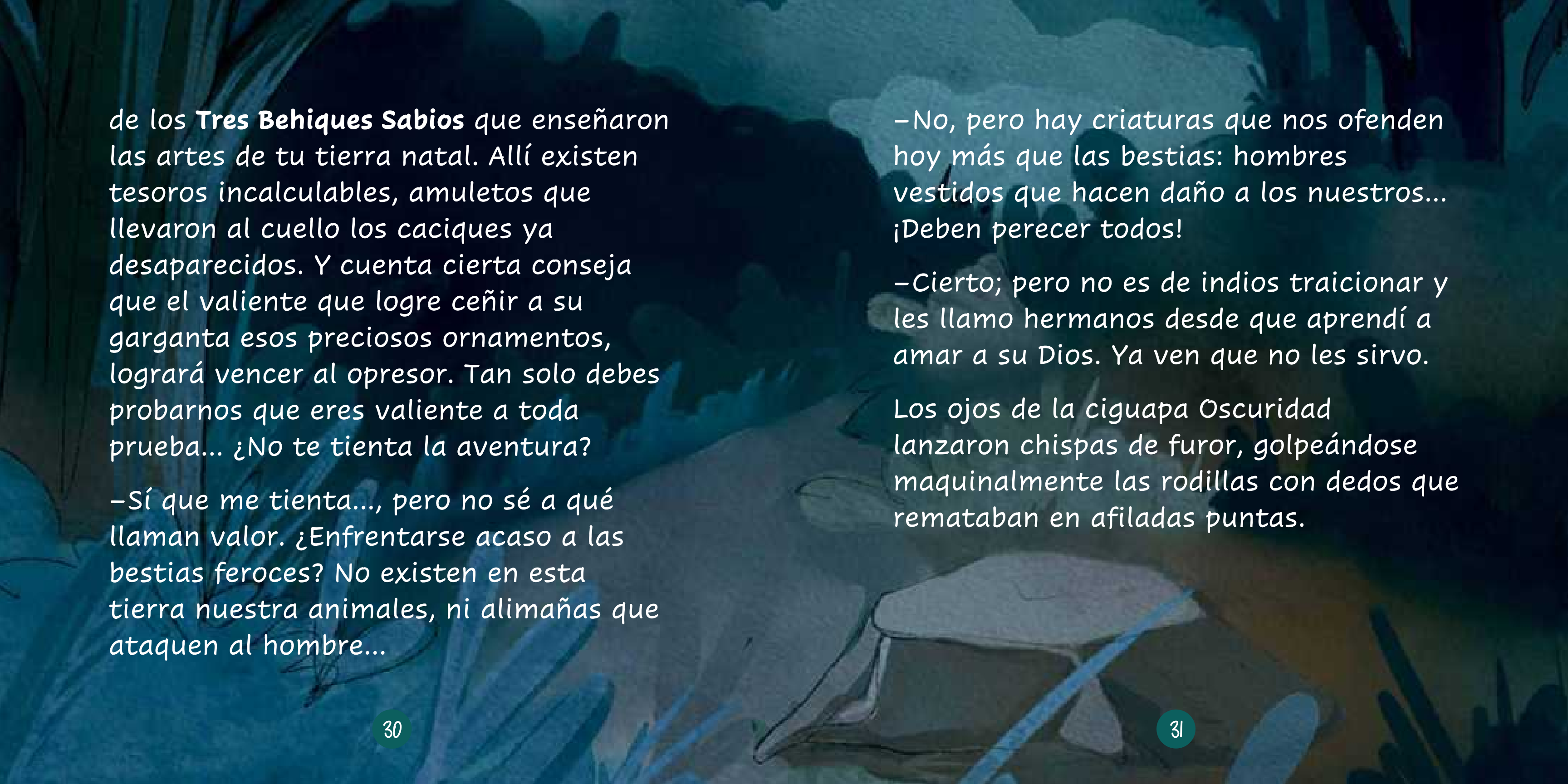
–Somos la Indolencia, la Oscuridad y la Superstición.

–¡Qué nombres más extraños! En fin, pensé que deseaba conocerlos y quizás me enseñen dónde se encuentra la felicidad en esta tierra nuestra.

Las ciguapas se miraron entre sí, lanzando al chico una mirada perversa.

–La felicidad existe en el bosque milenario de las ciguapas, donde todo es belleza y encantamiento –repuso la Indolencia con voz cansina, y añadió bostezando–: Jamás se ha cortado un árbol, ni se ha pescado en nuestros ríos... Las frutas más tentadoras caen maduras al suelo, sin que haya necesidad de tumbarlas. Hasta ahora nadie había llegado a nosotras por determinación propia. Si deseas conocer las maravillas de natura que encierra esta tierra de tus antepasados, permanece con nosotras una noche completa y conocerás los secretos de las cemíes; penetrarás en la eracra sagrada que guarda las cenizas





de los **Tres Behiques Sabios** que enseñaron las artes de tu tierra natal. Allí existen tesoros incalculables, amuletos que llevaron al cuello los caciques ya desaparecidos. Y cuenta cierta conseja que el valiente que logre ceñir a su garganta esos preciosos ornamentos, logrará vencer al opresor. Tan solo debes probarnos que eres valiente a toda prueba... ¿No te tienta la aventura?

–Sí que me tienta..., pero no sé a qué llaman valor. ¿Enfrentarse acaso a las bestias feroces? No existen en esta tierra nuestra animales, ni alimañas que ataquen al hombre...

–No, pero hay criaturas que nos ofenden hoy más que las bestias: hombres vestidos que hacen daño a los nuestros... ¡Deben perecer todos!

–Cierto; pero no es de indios traicionar y les llamo hermanos desde que aprendí a amar a su Dios. Ya ven que no les sirvo.

Los ojos de la ciguapa Oscuridad lanzaron chispas de furor, golpeándose maquinalmente las rodillas con dedos que remataban en afiladas puntas.

–¡Ah, ya comprendo! –masculló con sibilante acento–. Serás traidor a los tuyos, como lo fue Guacanagarí, quien creyó encontrar amigos en los **maguacochios** y abandonó a los de su propia raza... ¡Infeliz!

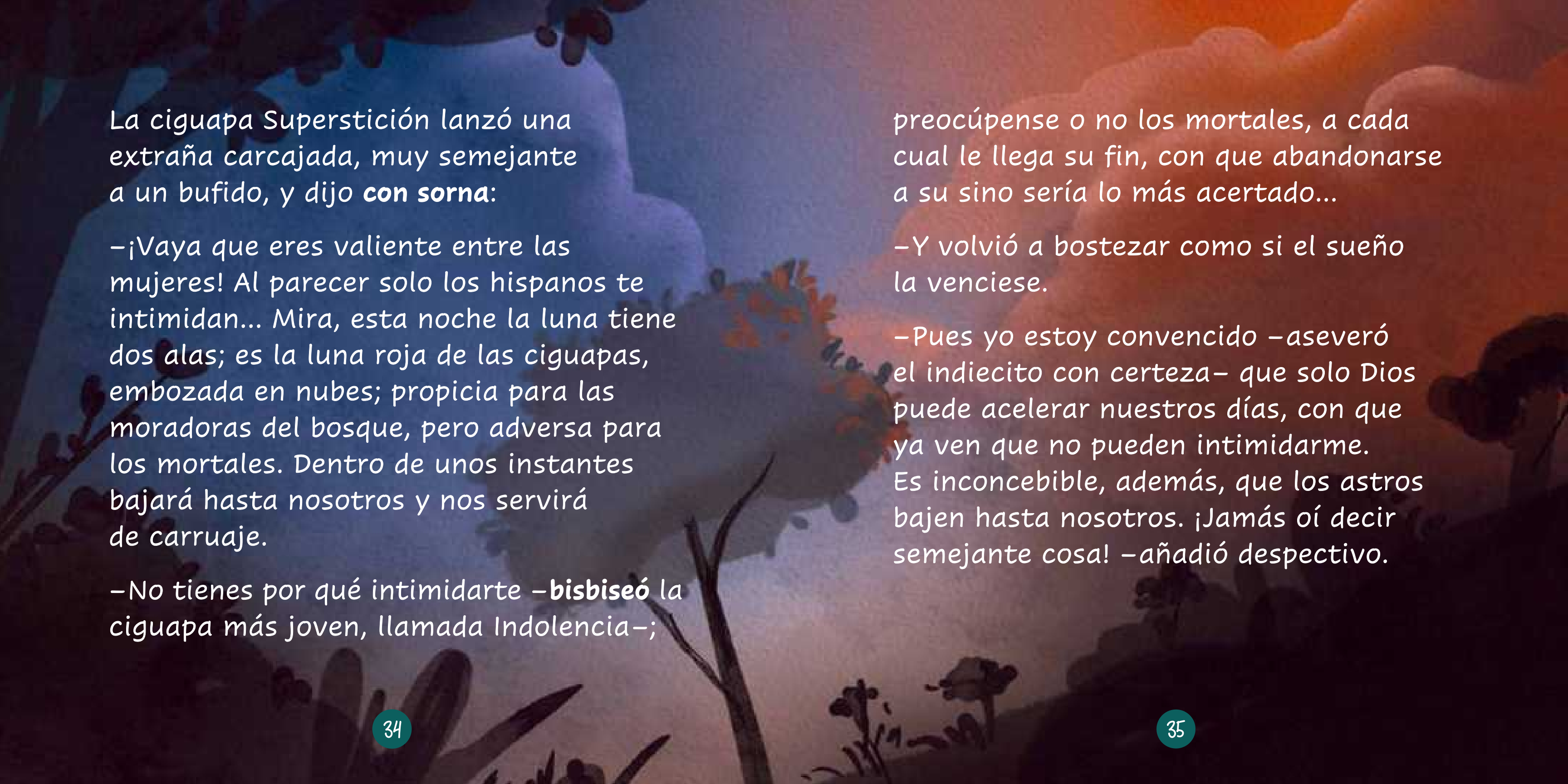
Ya el chico iba a dar la espalda malhumorado cuando su interlocutora lanzó una especie de alarido y exclamó exasperada, revelando lo que bullía en su oscuro cerebro:

–¡Pues bien, ya no podrás marcharte, mal que te pase! ¡Tus pies se adherirán a la tierra, como tu piragua al lago! Forzosamente pasarás esta noche entre nosotras y harás lo que se te ordene en

todo momento. Estás completamente a nuestra **merced**, con que comienza a rezar por tu alma.

En el silencio que siguió a esta declaración tan inesperada se adivinaba la sorpresa del muchacho, pero su altivo semblante apenas **trasuntó** una leve emoción.

–¡Pues tanto mejor! –dijo con aplomo al cabo de breves instantes–. La suerte está echada... Me consuela que no puedan quitarme más que la vida: he aprendido de los frailes hispanos que el alma es intocable e imperecedera y en cambio la materia es barro vil y **deleznable**.



La ciguapa Superstición lanzó una extraña carcajada, muy semejante a un bufido, y dijo **con sorna**:

–¡Vaya que eres valiente entre las mujeres! Al parecer solo los hispanos te intimidan... Mira, esta noche la luna tiene dos alas; es la luna roja de las ciguapas, embozada en nubes; propicia para las moradoras del bosque, pero adversa para los mortales. Dentro de unos instantes bajará hasta nosotros y nos servirá de carruaje.

–No tienes por qué intimidarte –**bisbiseó** la ciguapa más joven, llamada Indolencia–;

preocúpense o no los mortales, a cada cual le llega su fin, con que abandonarse a su sino sería lo más acertado...

–Y volvió a bostezar como si el sueño la venciese.

–Pues yo estoy convencido –aseveró el indiecito con certeza– que solo Dios puede acelerar nuestros días, con que ya ven que no pueden intimidarme. Es inconcebible, además, que los astros bajen hasta nosotros. ¡Jamás oí decir semejante cosa! –añadió despectivo.

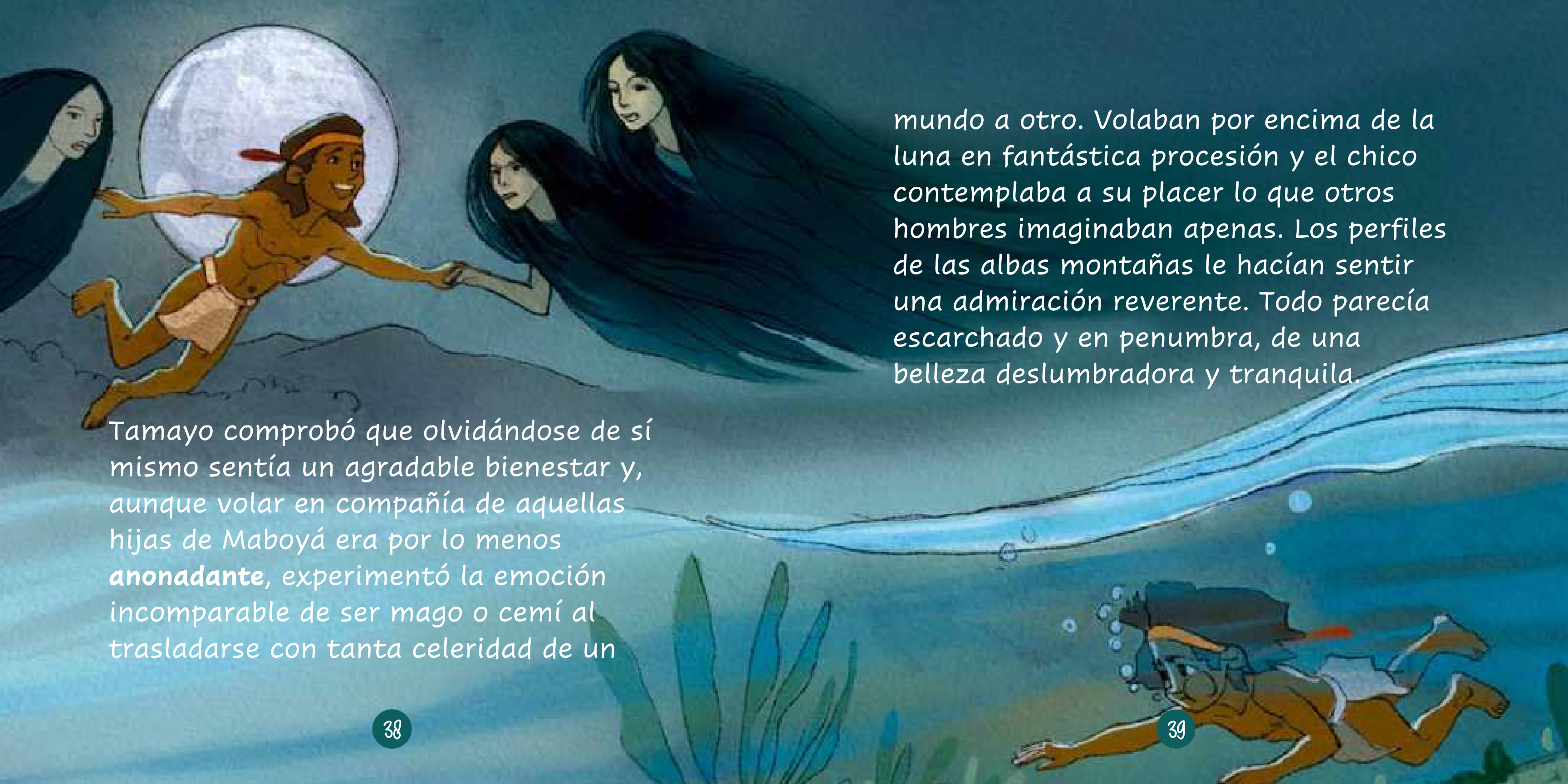
–Pues agárrate bien, si no quieres caerte desde las nubes –ordenó la ciguapa mayor– porque aunque no lo creas, ya vamos emprendiendo el vuelo.



Tamayo sintió que se erizaba su cabellera porque se elevaban vertiginosamente, agarrados unos a los otros.

–¡Aquí no se puede respirar –suspiró el indiecito– y además hace un frío horrible!

–Olvídate de tu condición de humano y será como si fueses divino –aconsejó la ciguapa Superstición con voz casi inaudible.



mundo a otro. Volaban por encima de la luna en fantástica procesión y el chico contemplaba a su placer lo que otros hombres imaginaban apenas. Los perfiles de las albas montañas le hacían sentir una admiración reverente. Todo parecía escarchado y en penumbra, de una belleza deslumbradora y tranquila.

Tamayo comprobó que olvidándose de sí mismo sentía un agradable bienestar y, aunque volar en compañía de aquellas hijas de Maboyá era por lo menos **anonadante**, experimentó la emoción incomparable de ser mago o cemí al trasladarse con tanta celeridad de un

Y allá abajo, ¡cuánto ruido! ¡Cuánta gente! Por eso dijo con llaneza infantil:

–Mucho me gustaría poder permanecer aquí: ¡es más bello de lo que soñé!...

–Desdichadamente tornamos a la tierra. La luna se ha cansado de volar y tú has salido airoso de esta prueba.


Por lo menos eres valiente y sereno

–comentó con menos aspereza la ciguapa Oscuridad.

Descendían, y el descenso era aún más vertiginoso que la ascensión.

Le cortaba el aire la cara y le zumbaban los oídos como si le abanicase un

huracán. De pronto se sintió sumergido en las aguas de un río y creyó que iba a perecer ahogado pero recordó las mágicas palabras de la Superstición y olvidó una vez más su condición de humano. Seguro de hacerles frente a las más duras pruebas, comenzó a nadar sosegadamente, como lo había hecho mil veces en compañía de sus amigos, buscando escondrijo entre los juncuales del río. Las aguas turbulentas se cerraron sobre su cabeza, pero continuaba nadando rítmicamente seguido de cerca de sus celosas guardianas.



Las sombras que le rodeaban bajo las aguas no eran tan solo las de las ciguapas; parecían las de caciques destronados, quizás largo tiempo desaparecidos. Marchaban unos tras otros, altivos y desafiantes, coronadas de plumas sus cabezas de largas cabelleras, negras como la **endrina**. Una sombra, la más erguida se detuvo ante él, con el brazo extendido en ademán de reto. De su muñeca pendía el grillete que

le permitió reconocer a Caonabo, el más valiente de los quisqueyanos.

–Si no eres de los nuestros, que quisimos morir por echar de nuestro suelo al usurpador, partirás con nosotros a la tierra de las sombras, preferible mil veces a vivir avergonzado ante los hombres de tu estirpe. Di, ¿qué eres?

El indiecito sintió un tumulto en su corazón al proferir:

–Soy indio y siento como indio, **Matunheri**. Mi rebeldía está aquí
–confesó, oprimiéndose el pecho con orgullo–, pero tengo un padre anciano, quien ha padecido ya bastante y temo por él. Algún día, cuando él sea tan solo espíritu, como lo sois vosotros, empuñaré las armas y haré la guerra contra los invasores a la manera de mis antepasados. ¡Así me escuche Luquo!

–¡Ah, creímos que eras cristiano!
¿Acaso es Luquo tu Dios?

–Para mí, como para mi padre, Luquo es Jesús, un Ser Omnipotente, todo clemencia y comprensión. No importa lo que le llamen, siempre vela por nosotros y perdona nuestros yerros.

–Está bien orientado, compañeros; concedió el cacique de la **Cibuqueira**. Es de los nuestros... Así podemos marchar en paz a la región del **Coaibay**. Que Luquo te conceda la mayor de las glorias humanas: ¡luchar por tu patria!

Y **hieráticos** y solemnes se deslizaron unos tras otros, cual si fueren arrastrados por el ímpetu de la corriente.

Apesadumbrado, Tamayo reconoció entre el grupo caribes, macorixes y ciguapos, de la raza que dejaba crecer sus cabellos como símbolo de su hidalguía. Mirándoles pasar caían sus lágrimas ocultas como lluvia de fuego sobre su corazón.

Entonces las ciguapas, que habían permanecido tranquilas y observantes, le rodearon de nuevo diciendo:

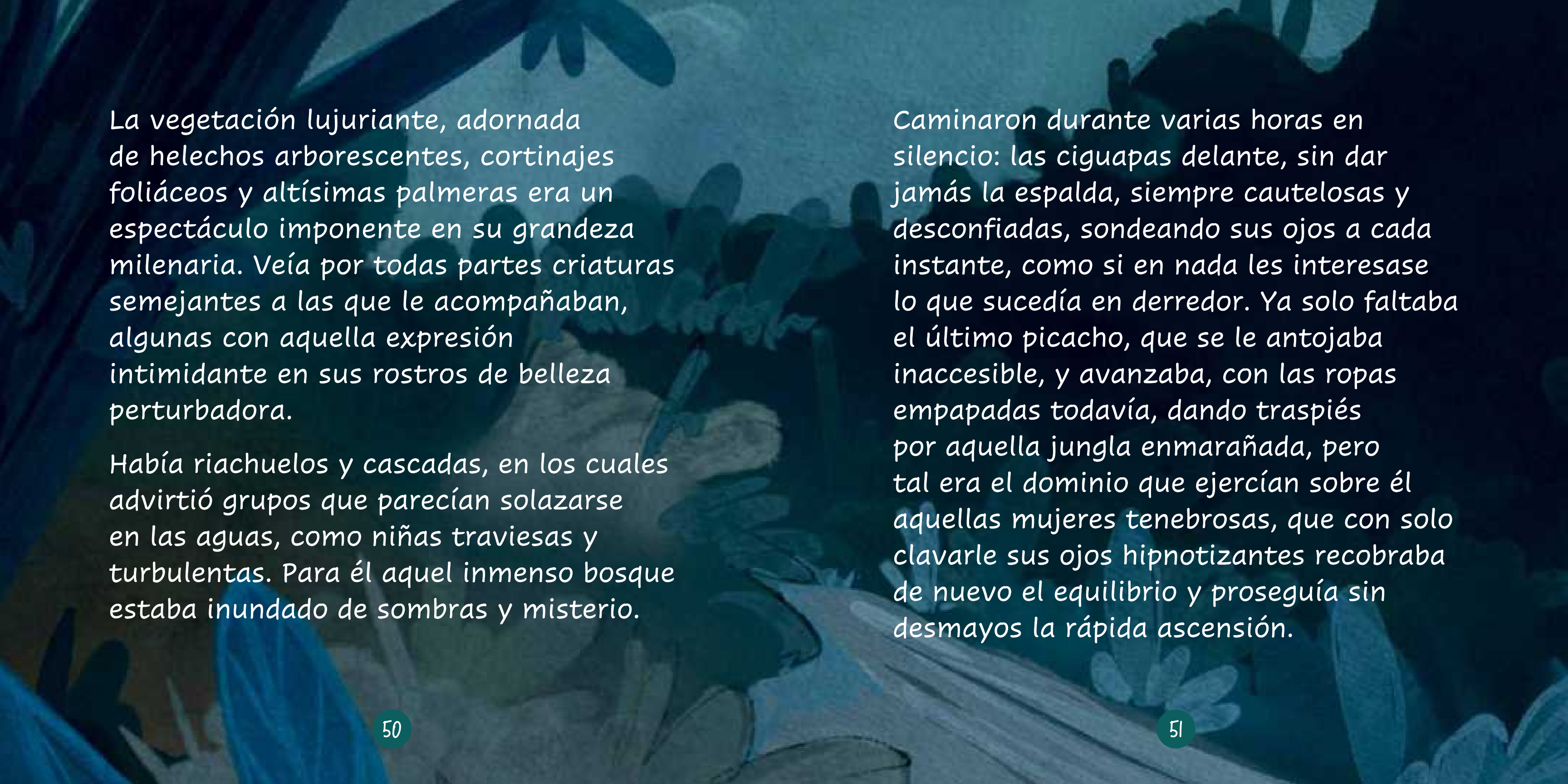
–Por segunda vez te ha salvado tu buena estrella... No tenemos reproche alguno que hacerte y ahora vas a

conocer la eracra de oro y los orígenes milagrosos de tu pueblo. En ninguna época ha pisado allí criatura viva y el **impío** que pasa inadvertidamente por aquel sacro recinto muere en el acto, como fulminado por el rayo.

Tamayo guardó silencio. La bondad inesperada de aquellas hijas de Belcebú le pareció un buen augurio. Por fortuna, había conservado puro su corazón y alimentado su alma con las enseñanzas milenarias de sus mayores.

Su rostro volvió a tomar su expresión **jocunda**. Y emprendieron el camino, que alumbran a trecho los cocuyos, como lámparas fosforescentes, formando cascadas de luz.

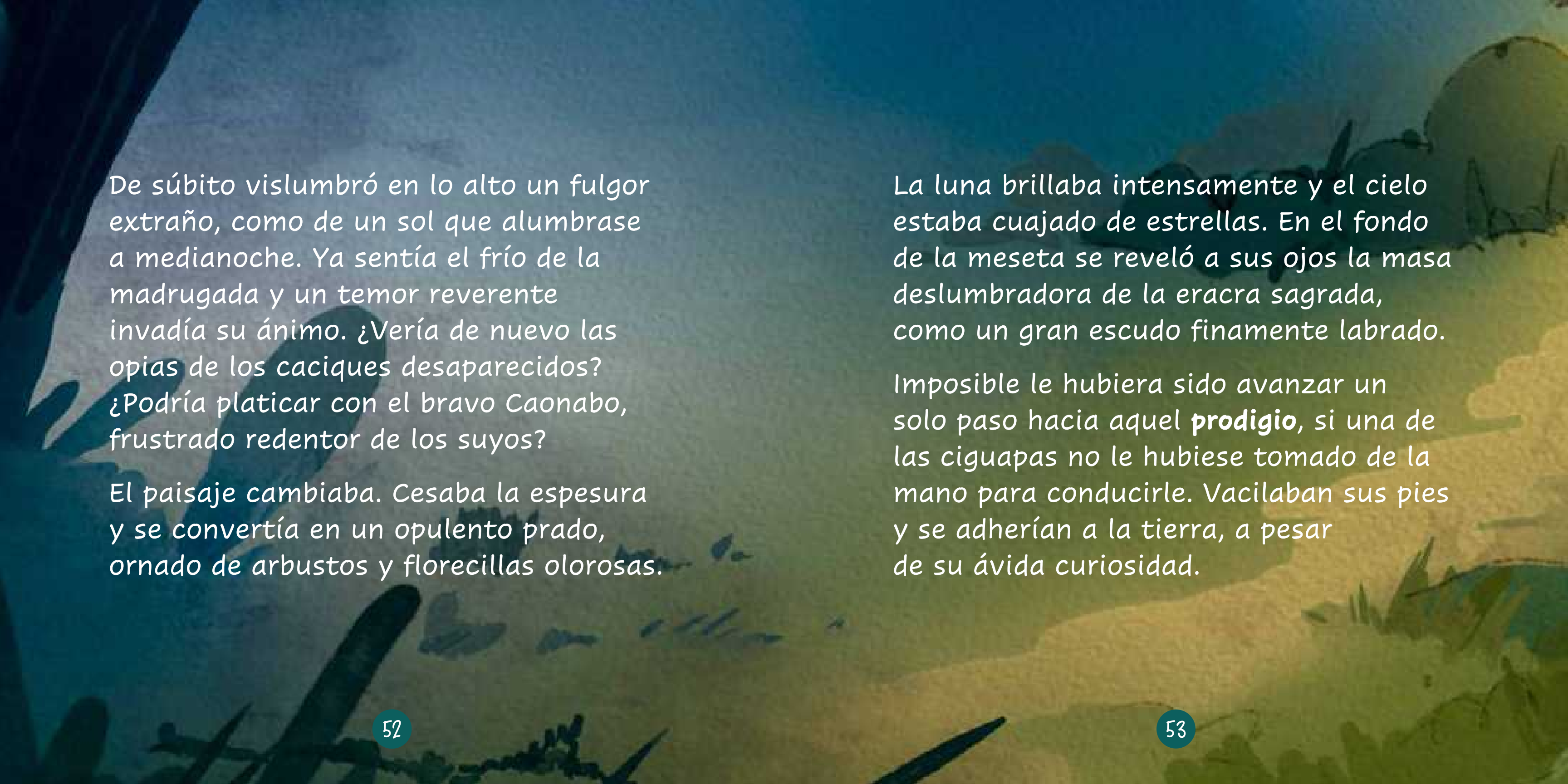
No había allí claridad ni de noche ni de día; la planta del hombre jamás había hollado aquella tupida selva, ya que la espesura del bosque era tal que apenas se filtraba la luz de la luna por entre el espeso ramaje y solo podían avanzar marchando de uno en uno. Como finos encajes, la guajaca colgaba con la brisa.



La vegetación lujuriente, adornada de helechos arborescentes, cortinajes foliáceos y altísimas palmeras era un espectáculo imponente en su grandeza milenaria. Veía por todas partes criaturas semejantes a las que le acompañaban, algunas con aquella expresión intimidante en sus rostros de belleza perturbadora.

Había riachuelos y cascadas, en los cuales advirtió grupos que parecían solazarse en las aguas, como niñas traviesas y turbulentas. Para él aquel inmenso bosque estaba inundado de sombras y misterio.

Caminaron durante varias horas en silencio: las ciguapas delante, sin dar jamás la espalda, siempre cautelosas y desconfiadas, sondeando sus ojos a cada instante, como si en nada les interesase lo que sucedía en derredor. Ya solo faltaba el último picacho, que se le antojaba inaccesible, y avanzaba, con las ropas empapadas todavía, dando traspiés por aquella jungla enmarañada, pero tal era el dominio que ejercían sobre él aquellas mujeres tenebrosas, que con solo clavarle sus ojos hipnotizantes recobraba de nuevo el equilibrio y proseguía sin desmayos la rápida ascensión.



De súbito vislumbró en lo alto un fulgor extraño, como de un sol que alumbrase a medianoche. Ya sentía el frío de la madrugada y un temor reverente invadía su ánimo. ¿Vería de nuevo las opias de los caciques desaparecidos? ¿Podría platicar con el bravo Caonabo, frustrado redentor de los suyos?

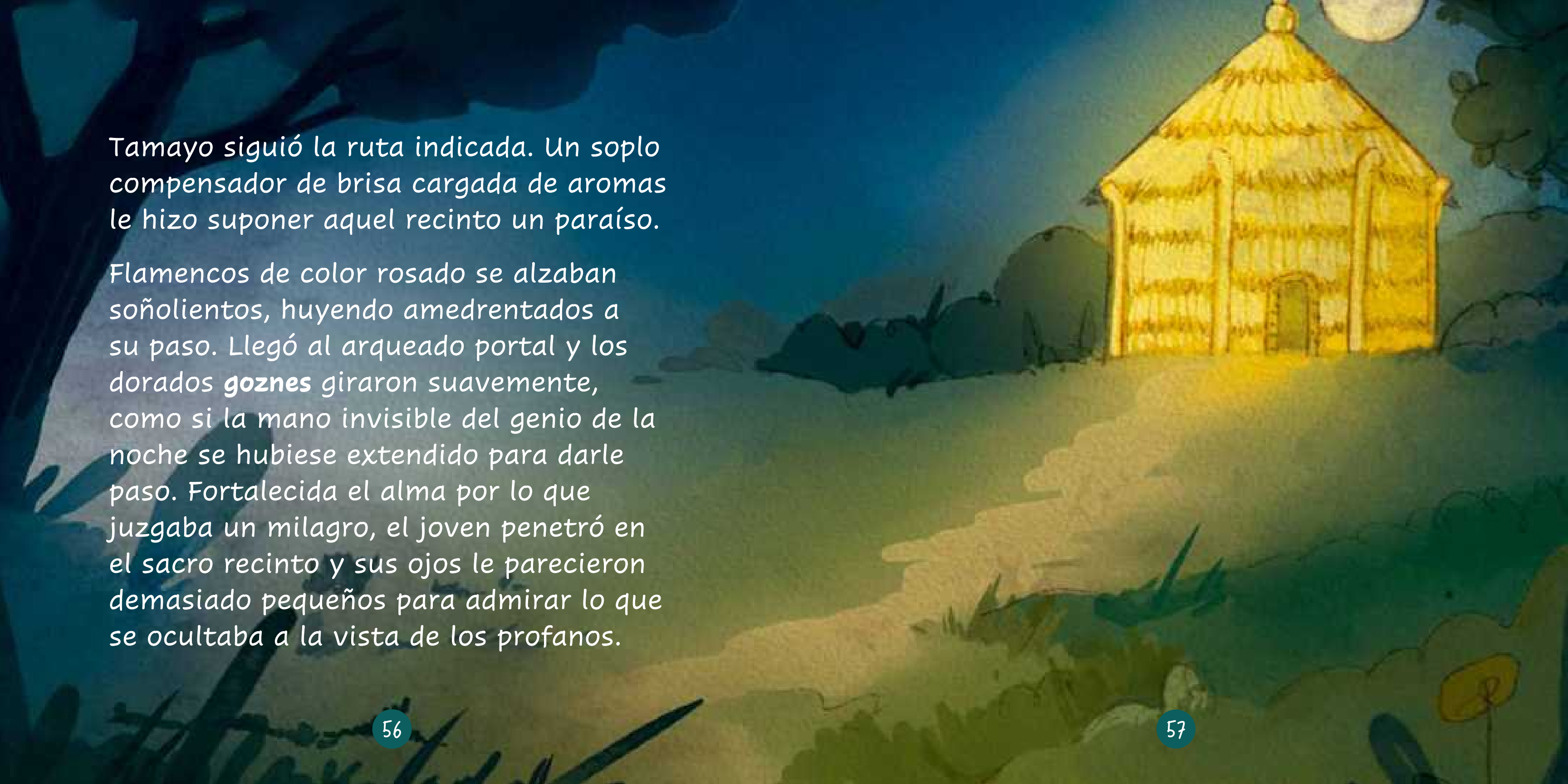
El paisaje cambiaba. Cesaba la espesura y se convertía en un opulento prado, ornado de arbustos y florecillas olorosas.

La luna brillaba intensamente y el cielo estaba cuajado de estrellas. En el fondo de la meseta se reveló a sus ojos la masa deslumbradora de la eracra sagrada, como un gran escudo finamente labrado.

Imposible le hubiera sido avanzar un solo paso hacia aquel **prodigio**, si una de las ciguapas no le hubiese tomado de la mano para conducirlo. Vacilaban sus pies y se adherían a la tierra, a pesar de su ávida curiosidad.



–¡Avanza! –ordenó imperiosamente la Oscuridad, apuntando hacia la eracra, con un fulgor inusitado en sus pupilas insomnes–. Ahora somos tus ángeles; ¡quizás más tarde seamos tus jueces implacables!

A night scene with a thatched hut and a full moon. The scene is set in a dark, blue-toned landscape. In the foreground, there are dark, silhouetted trees and bushes. A path leads from the bottom center towards a small, thatched hut in the middle ground. The hut has a conical roof and is illuminated from within, casting a warm, yellow glow. A full moon is visible in the dark blue sky above the hut. The overall atmosphere is mysterious and serene.


Tamayo siguió la ruta indicada. Un soplo compensador de brisa cargada de aromas le hizo suponer aquel recinto un paraíso.

Flamencos de color rosado se alzaban soñolientos, huyendo amedrentados a su paso. Llegó al arqueado portal y los dorados goznes giraron suavemente, como si la mano invisible del genio de la noche se hubiese extendido para darle paso. Fortalecida el alma por lo que juzgaba un milagro, el joven penetró en el sacro recinto y sus ojos le parecieron demasiado pequeños para admirar lo que se ocultaba a la vista de los profanos.

Allí estaban colocados en nichos los
cemíes adorados por sus antepasados,
representados por caprichosas figuras
en oro sólido y sobre pulidas bateas,
negras y brillantes como ébano, veíanse
amontonadas joyas principescas de
complicados adornos, con medallas y
amuletos. Como sobre un aparador en
una barbacoa de **roja ácana**, estaba
colocada toda una vajilla del mismo

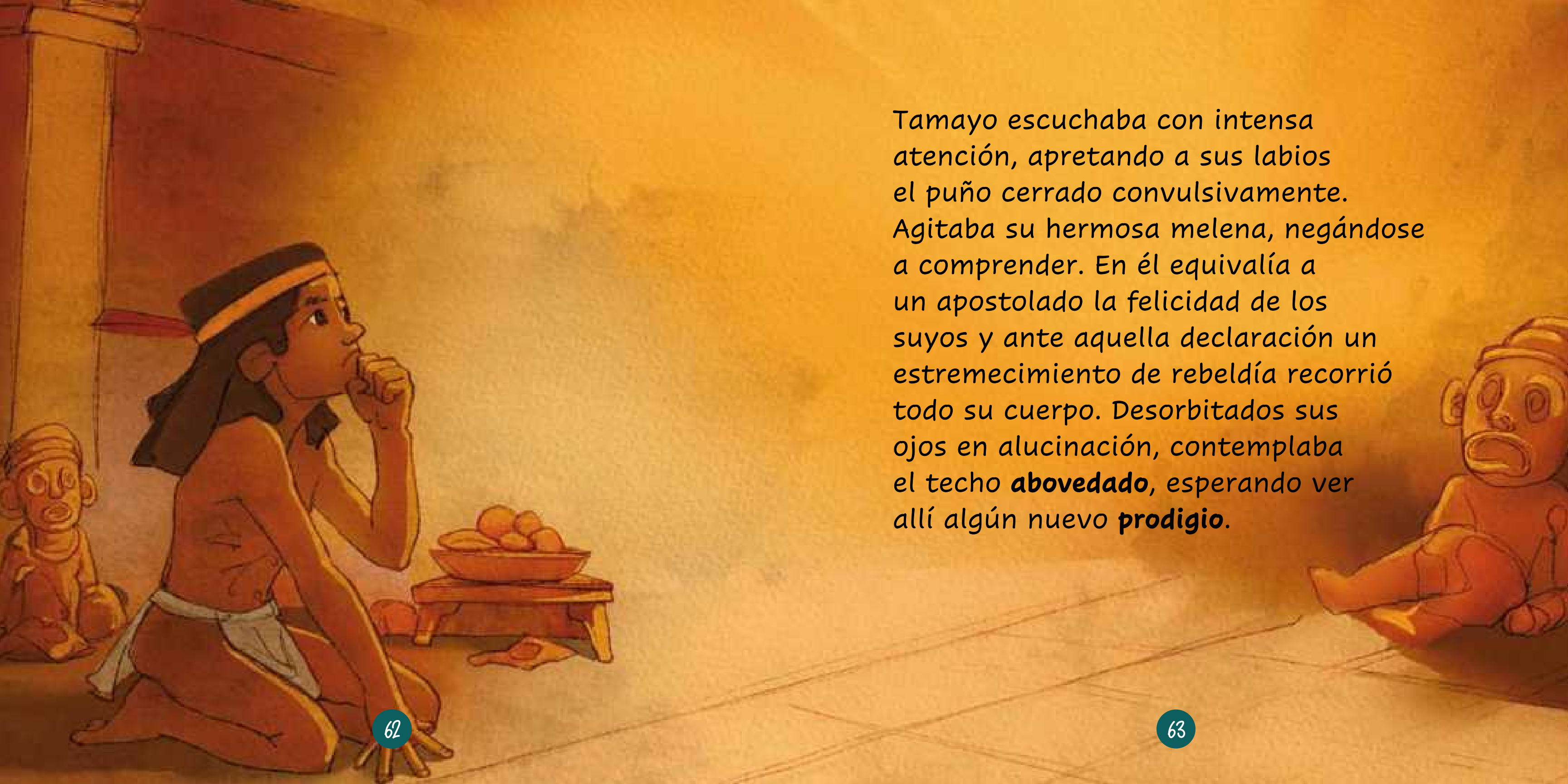
precioso metal. Veíanse
frutos exquisitos sobre
los cuencos; y blanco
como obleas, del
que consumía la
gente principal.





Tamayo no había ingerido alimento alguno en muchas horas y el aroma apetitoso de aquellos frutos variadísimos le producía un **cosquilleo** en el estómago; pero comprendiendo que estaban allí como **ofrenda** a los **cemíes**, se abstuvo de tocarlos. Lo contemplaba todo absorto y **maravillado** cuando sintió una terrible **conmoción**. El templo **osciló**, como si amenazase un **cataclismo**, y una voz tenue se dejó oír por entre las **reverberaciones** del suelo:

–Nosotros, los que estamos aquí sepultados durante siglos, trillamos la senda para que las generaciones del futuro aprendiesen a ensancharla, ennobleciéndola. Escucha lo que nuestros abuelos dijeron a nuestros padres: estas islas son las cumbres de una tierra portentosa que la ira de **Guabancex** sepultó en el fondo de los mares... Nuestra raza desaparecerá y renacerá otra más fuerte. Está escrito en el firmamento..., ¡pero seguiremos siendo cumbres!



Tamayo escuchaba con intensa atención, apretando a sus labios el puño cerrado convulsivamente. Agitaba su hermosa melena, negándose a comprender. En él equivalía a un apostolado la felicidad de los suyos y ante aquella declaración un estremecimiento de rebeldía recorrió todo su cuerpo. Desorbitados sus ojos en alucinación, contemplaba el techo **abovedado**, esperando ver allí algún nuevo **prodigio**.

El monólogo se había demorado un breve instante para proseguir con más pujanza; la voz hasta entonces apagada adquiría la claridad de un clarín, estremeciendo de nuevo el templo y algunos ídolos rodaron al suelo con estrépito.

–Si pretendes alzarte hasta el **turey**, atiende a la Divinidad que es más potente que las nuestras; esfuérzate en aprender lo bueno que te enseñan los naguacoquios: cultiva la tierra que es la fuente de todas las riquezas; aprende su idioma y estudia sus libros, que contienen la sabiduría del universo.

¡No basta morar en las cumbres; es menester alzarse hasta **Nonum** por nuestros propios merecimientos!

Los ojos del indiecito ostentaban un brillo acerado y su rostro tenía una expresión confusa. No pudo menos que arrodillarse y de sus labios brotó espontáneamente esta **plegaria**: –¡Ah, Señor de los cielos, escúchame y atiéndeme! Estamos exentos de **ambiciones bastardas**: no queremos oro, ni riquezas, ni civilización siquiera... ¡Todo cuanto te pedimos es la libertad! Vivir nuestra existencia pacífica de antaño, libre de **sujeciones y tributos**.

¡Permite que cuando sea hombre yo pueda luchar por los míos..., aunque en ello pierda la vida! –Su voz, henchida de **fervor patriótico**, pregonaba la rebeldía de su corazón.

Las ciguapas habían desaparecido y el joven respiró aliviado, admirando con curiosidad no exenta de veneración los extraños ídolos caídos a sus pies. En su cerebro infantil se amalgamaban perfectamente la realidad y la ficción; las verdades austeras del cristianismo con las poéticas leyendas de su patria.

Reverberaba en su pecho el sentimiento inmortal que eleva el alma de los hombres y se persignó a la usanza cristiana, emocionado. Pensaba que al fin le habían abandonado sus exigentes guardianas y que podía marcharse libremente, pero se equivocaba. Ya se alzaba cuando irrumpieron en la eracra sus tres jueces fortuitas, pero esta vez eran más blandas sus maneras. La frescura y virginidad de su alma había desarmado a aquellas mujeres implacables.

-No venimos a torturarte de nuevo -rió guturalmente la ciguapa Superstición-, no somos tan pérfidas como

nos suponen..., pero hablemos de ti: has triunfado en las tres pruebas decisivas y ya puedes marcharte en paz adonde los tuyos,

pero antes debo concederte el premio que mereces por tu fervor y desinterés de patriota innato.




En tu alma no anida el rencor contra los opresores porque estás exento de soberbia. En cambio, no aceptas el triunfo de otra raza sobre la nuestra... Eres **denodado** y resuelto y Luquo sabrá

premiarte como mereces. Para ti son esos preciosos ornamentos, que algún día ostentarás con orgullo. ¡Llévatelos y el **hada** haga luminosa tu senda!

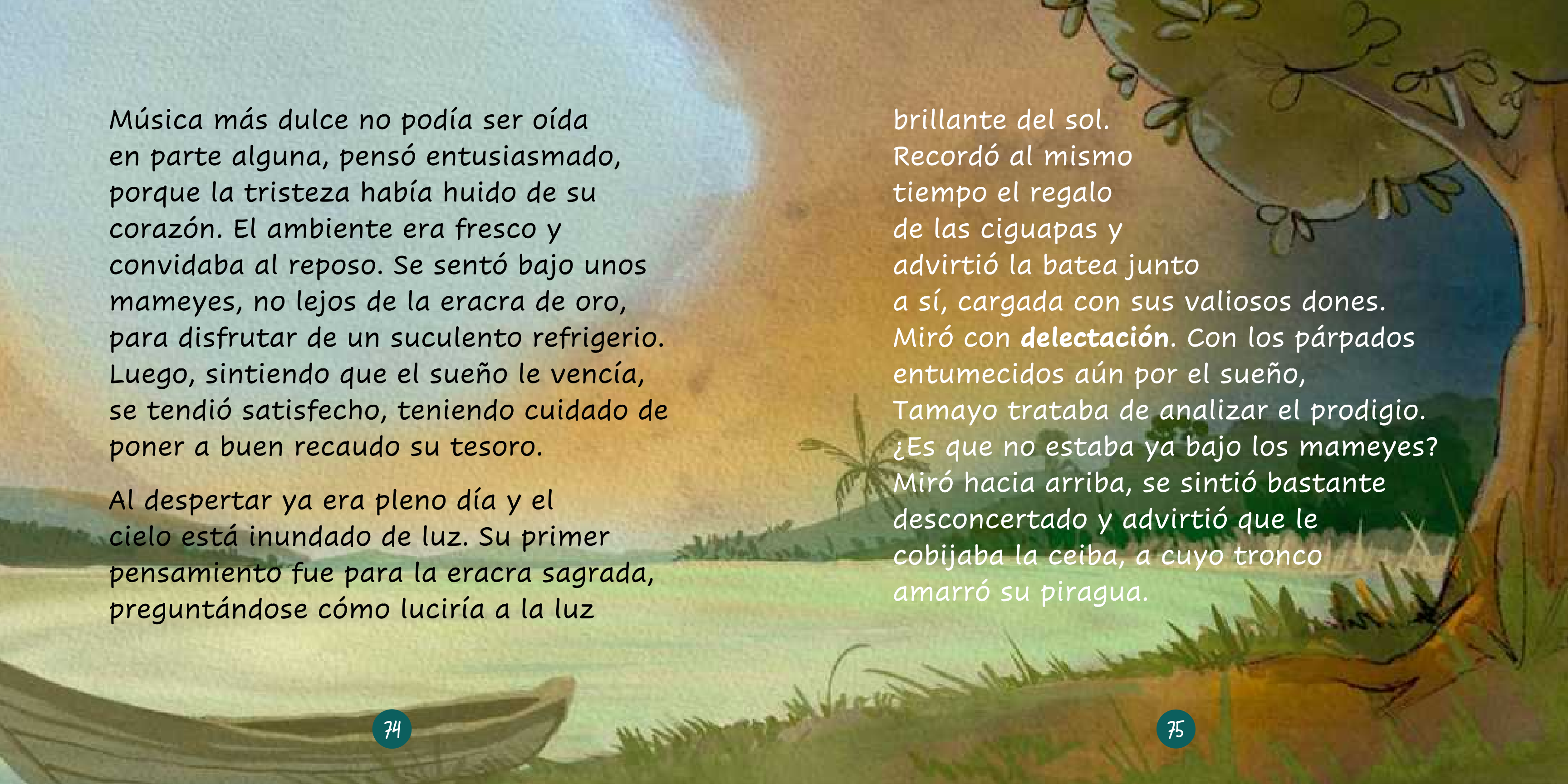
Tamayo escuchaba con un sentimiento indefinible de alivio y quedó como **extático** ante aquella asombrosa concesión. Solamente podría ostentar aquellos armamentos como vencedor y de aquel modo con gusto ofrendaría su vida... Pero... ¿merecía realmente tal gracia? ¿Acaso no eran todos los indios desinteresados y amantes de la libertad? Quizás era esta una nueva **celada**,

pensó con cierta duda todavía; pero las ciguapas recogieron aquellas riquezas, las colocaron sobre una de las bateas y añadieron frutas y cazabe al ponerlas en sus manos. Entre esquivo y emocionado el indiecito no acertaba a dar las gracias debidamente.

–Ahora márchate a enfrentar la vida... Ya amanece y ningún mortal debe contemplarme a la luz del sol...–Así habló la Oscuridad, mientras Tamayo, con lágrimas en los ojos, daba fácil salida a sus emociones.

An illustration of a man in traditional brown clothing standing on the left bank of a river, looking towards a large whirlwind on the right. The whirlwind contains three women with long, flowing hair, illuminated by a soft, ethereal light. The background shows a calm river, distant green hills, and a tree with large leaves on the left. The overall style is soft and painterly.

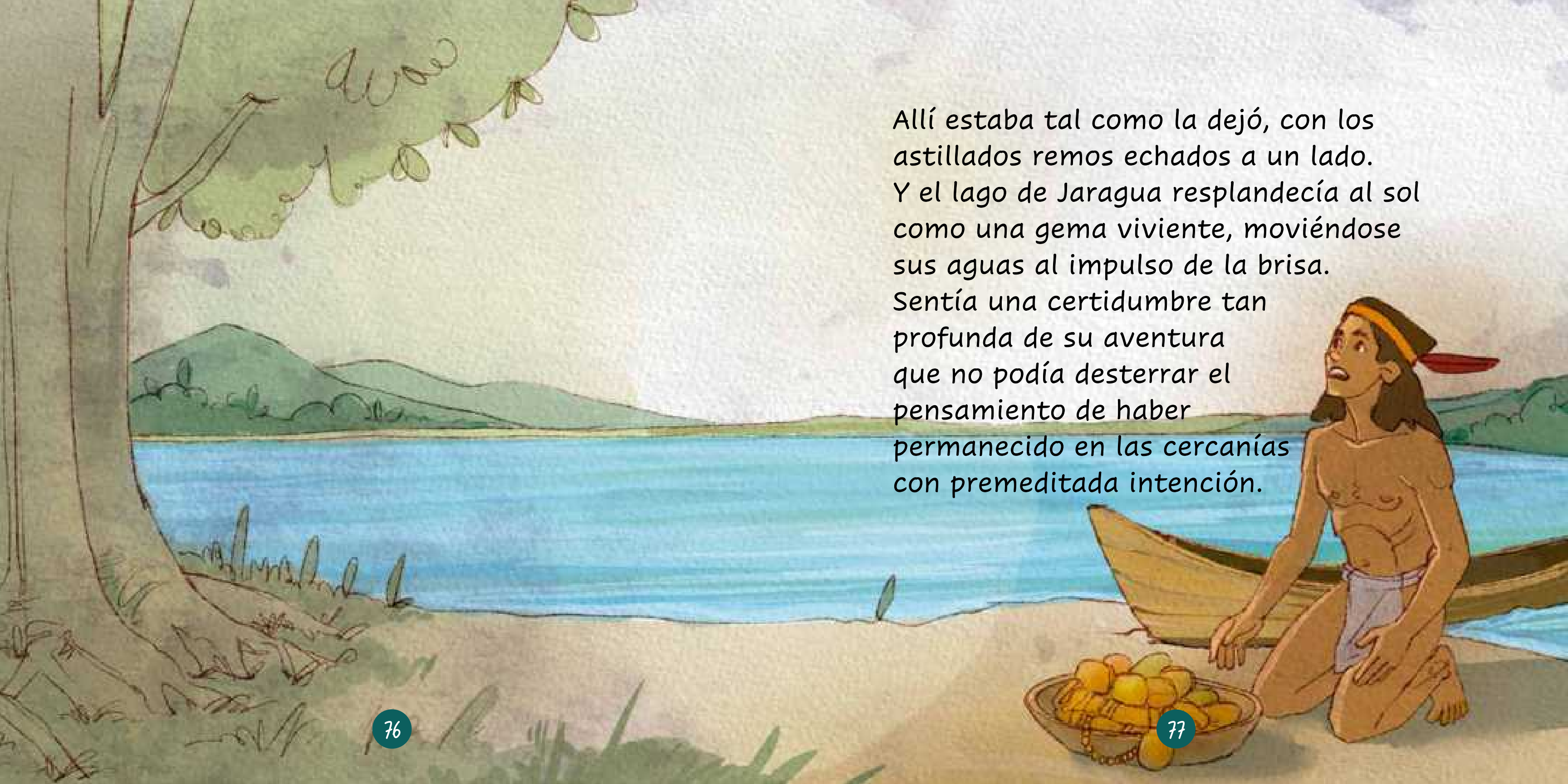
Las ciguapas
desaparecieron
en un remolino
de aire, tendidas al
viento las cabelleras e
iluminadas sus frágiles siluetas
por la luz imprecisa de
la aurora. Bandadas
de aves revoloteaban
mansamente en torno
suyo ensayando trinos
armoniosos.



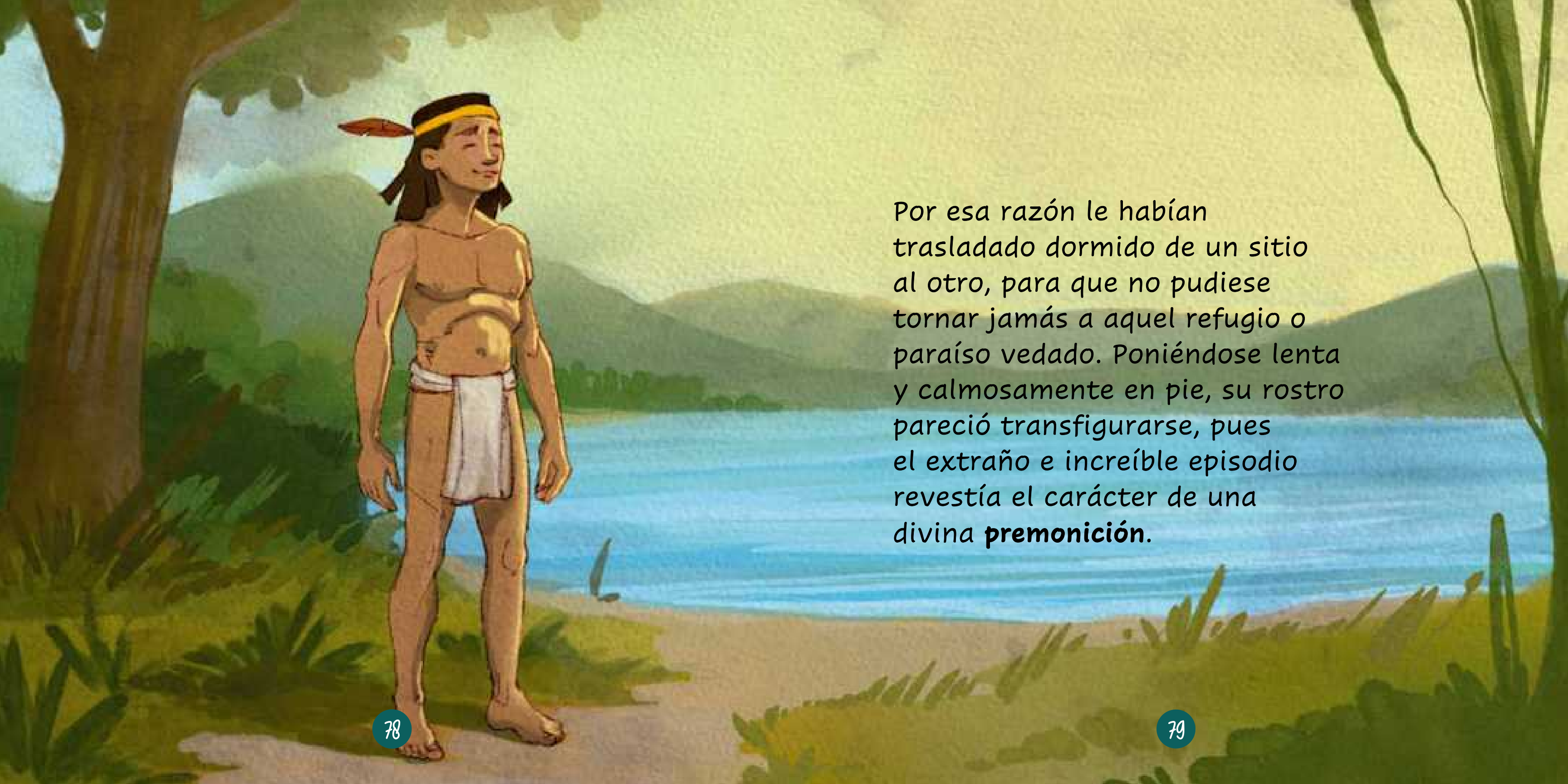
Música más dulce no podía ser oída en parte alguna, pensó entusiasmado, porque la tristeza había huido de su corazón. El ambiente era fresco y convidaba al reposo. Se sentó bajo unos mameyes, no lejos de la eracra de oro, para disfrutar de un succulento refrigerio. Luego, sintiendo que el sueño le vencía, se tendió satisfecho, teniendo cuidado de poner a buen recaudo su tesoro.

Al despertar ya era pleno día y el cielo está inundado de luz. Su primer pensamiento fue para la eracra sagrada, preguntándose cómo luciría a la luz

brillante del sol. Recordó al mismo tiempo el regalo de las ciguapas y advirtió la batea junto a sí, cargada con sus valiosos dones. Miró con **delectación**. Con los párpados entumecidos aún por el sueño, Tamayo trataba de analizar el prodigio. ¿Es que no estaba ya bajo los mameyes? Miró hacia arriba, se sintió bastante desconcertado y advirtió que le cobijaba la ceiba, a cuyo tronco amarró su piragua.



Allí estaba tal como la dejó, con los astillados remos echados a un lado. Y el lago de Jaragua resplandecía al sol como una gema viviente, moviéndose sus aguas al impulso de la brisa. Sentía una certidumbre tan profunda de su aventura que no podía desterrar el pensamiento de haber permanecido en las cercanías con premeditada intención.



Por esa razón le habían trasladado dormido de un sitio al otro, para que no pudiese tornar jamás a aquel refugio o paraíso vedado. Poniéndose lenta y calmosamente en pie, su rostro pareció transfigurarse, pues el extraño e increíble episodio revestía el carácter de una divina **premonición**.

Aprendamos nuevas palabras

Abovedado: con forma de techo redondo, como un túnel o una cueva.

Ambiciones bastardas: deseos egoístas, corruptos o sin nobleza.

Amilanarse: sentir mucho miedo o ponerse nervioso.

Ancestrales: muy antiguos, de los abuelos de los abuelos.

Anonadante: algo increíble que te deja muy sorprendido.

Anverso: la parte delantera o la cara de algo.

Bejuco: planta fuerte que sirve como cuerda para colgarse o amarrar cosas.

Bermeja: de color rojo fuerte.

Bisbiseó: dijo algo en voz muy baja, casi como un murmullo.

Cabelleras luengas: cabellos abundantes y largos.

Caoba: el árbol conocido por su madera dura y rojiza.

Caribes: pueblo indígena de las Antillas y el Caribe, con dominio marítimo y habilidades guerreras.

Cataclismo: catástrofe, acontecimiento de gran magnitud .

Celada: trampa o engaño.

Cemí / Cemíes: ídolo o figura sagrada taína que representa a un antepasado o un dios, en piedra, madera o hueso.

Cibuqueira: asentamiento o poblado, según la cultura de los caribes.

Ciguapa: criatura fantástica de la tradición caribeña, descrita como mujer del bosque de larga cabellera y con los pies volteados hacia atrás.

Coibay: el purgatorio.

Con sorna: en forma de burla o en tono de broma.

Conmoción: alteración fuerte o violenta, ya sea física o emocional.

Cosquilleo: sensación física semejante a cosquillas.

Delectarse: disfrutar intensamente de algo.

Deleznable: que se rompe fácilmente.

Denodado: valiente, decidido.

Despeñadero: un lugar muy alto y peligroso desde donde se puede caer.

Endrina: de color negro brillante.

Eracra: bohío algo mayor que los demás; casi siempre templo o casa del cacique.

Escatimamos: no guardamos o no dudamos en dar algo.

Estirpe: familia de una persona, como sus padres, abuelos y otros parientes.

Extático: quedarse quieto y maravillado por una alegría o emoción muy grande.

Fervor patriótico: sentimiento intenso de amor hacia la patria.

Goznes: bisagras, piezas metálicas que permiten el movimiento de puertas o ventanas.

Guabancex o Guatanicex: diosa de los huracanes.

Hieráticos: de actitud solemne, rígida, como si fueran estatuas.

Impío: alguien que no respeta lo sagrado.

Infeliz: usado aquí como insulto o menosprecio, no con el sentido de tristeza.

Iracunda: persona que está muy enojada y lista para pelear.

Isócrono: que ocurre a intervalos de tiempo iguales y uniformes.

Jocunda: alegre, vivaz.

Maboyá: el demonio, en lengua taína o arauca.

Maguacochios o Maguacoquios: hombres vestidos; así llamaban a los españoles.

Maravillado: asombrado con admiración y sorpresa.

Matünherí: equivale a Vuestra Alteza.

Merced: estar en manos de alguien, que decida sobre ti.

Nitaínos: caciques subalternos; consejeros y guerreros de confianza.

Nonum: la luna en voz caribe.

Ofrenda: regalo ofrecido a una deidad o espíritu como muestra de devoción.

Oliváceo: de color verde claro, como una aceituna.

Opias o hupias: almas de los difuntos.

Oscilar: moverse hacia adelante y atrás.

Piragua: canoa pequeña hecha de un tronco de árbol.

Plegaria: oración hecha con devoción, en súplica a una divinidad.

Pregonar: anunciar algo en voz alta, a veces de forma apasionada.

Premonición: sentimiento o pensamiento de que algo importante va a pasar en el futuro.

Prodigio: algo maravilloso y extraordinario.

Reverberaciones: vibraciones al propagarse un sonido o movimiento en el suelo.

Roja ácana: madera muy dura y fuerte de color rojo.

Sujeciones: cargas u obligaciones que limitan la libertad de las personas.

Trasuntó: mostró o dejó ver un sentimiento o una emoción.

Tres behiques sabios: espíritus de tres sabios maestros del pueblo taíno que enseñaron las artes de la isla. En el cuento, sus cenizas son guardadas en la eracra sagrada.

Tributos: pagos que los pueblos sometidos debían entregar a un poder superior.

Turey: cielo o firmamento donde habitan las deidades.

El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña (ISFODOSU) se enorgullece en presentar la Serie I de su nueva colección editorial Cuentos Infantiles Dominicanos. Esta primera entrega es un homenaje a “los pioneros”, grandes autoras y autores que sentaron las bases de la literatura infantil en nuestro país. En sus páginas, los lectores podrán descubrir la rica diversidad de nuestra cultura, desde los fascinantes mitos y leyendas de nuestros aborígenes y el fabuloso mundo de los animales que hablan, hasta hermosas historias de familia y el universo mágico de los sueños de infancia.

Diez libros que han sido concebidos como un tesoro en las manos de cada niño y niña, para alimentar su imaginación y acompañarlos en su formidable aventura de crecimiento. Confiamos en que los pequeños se sumerjan con ilusión en sus páginas, que padres y madres disfruten de estas aventuras literarias junto a ellos, y que nuestros maestros y maestras integren este valioso material a la enseñanza en las aulas.

¡Que cada cuento sea una puerta a un mundo de aprendizaje y de maravillas, para toda la familia!



Calle Caonabo esquina Leonardo da Vinci,
Urbanización Renacimiento, Sector Mirador Sur,
Santo Domingo, D. N. República Dominicana.
Tel.: 809.482.3797

www.isfodosu.edu.do

    @isfodosurdo  isfodosu

ISBN 978-9945-639-59-9



9 789945 639599